AMOR EN EL JURASICO



(Por Eduardo Blaustein) De su dilatada, incomparable trayectoria de exploraciones en Gesell, Roberto supo conseguir (1959-1978) diversos lauros: poder jactarse durante años de haber conocido la verdadera Villa mítica ("no la del '65 o el '68; no la Era Heroica sino el Jurásico hermano, el Jurásico"); haber podido contemplar desde la inmensidad cómo la pampa se hacía arena y cómo la arena mar; saber más que ningún ser vivo o muerto sobre la vida del adelantado Don Carlos Gesell al punto de merecer el apodo de Carlos II y tener escrita en dos tomos una biografía nunca editada y, por último —lo esencial—, haberse convertido él mismo, Roberto, en esos diecinueve veranos, en ombligo de la Historia de la Civilización, empapado desde Elvis y Frondizi a Cámpora, Pescado Rabioso y Janis Joplin, más todo jazz posterior al be-bop.

Hoy, ahora, Roberto tiene 51 años y dos separaciones. La primera coincidió con el año del Mundial, con lo que la amargura quebró como a una rama seca ese sentimiento apasionado por Gesell (1978). La segunda separación acaba de ocurrir producto de la frustrada realización de Roberto como sujeto de la historia: en lo que va de democracia acumula —él, sociólogo con aspiraciones de trascendencia— encantos y acérrimos desencantos profesionales con el alfonsinismo crítico, el cafierismo crítico, el terragnismo crítico, el manzanismo crítico. Ergo: languidece como siempre en el área marketing de esa empresa galletitera y elucubra la generala a dos puntas del '93: el bordonismo, acaso el chachoalvarismo.

Se acaba de separar pues; sus hijos de a pares vacacionan con sus madres y él pretende reencontrarse con "lo más auténtico" de sus honduras en Gesell, lugar que nunca debió abandonar.

Error.

Instalado en Gesell no se reencuentra más que con la pura furia, su yo Hulk. Va para una semana de desencuentros y apuntes resentidos: la autorreproducción urbanística de Gesell, nerviosa y fea: el sitio o angostamiento de la playa víctima del avance de infraestructura en los balnearios; la ruinosa composición social de los veraneantes ("y no quiero ser gorila"); los descendientes de alemanes y austríacos que le siguen cayendo mal con su cortesía de parquímetro; el quilombo de la avenida 3 y, sobre todo, los adolescentes. Los adolescentes que se abaten sobre la Villa como bandadas de otro mundo. Que se aparecen y toman las playas por asalto, ocupando miles de kilómetros cuadrados en picaditos, payaseando en las canchas de vóley, haciendo surf y kayak, esquivando multitudes en moto, sky-jet y jeeps, pavoneándose ante sus hembritas contemporáneas entre cheboludo y cheboludo. Y lo peor: son dueños absolutos de todo: son los que atienden en los boliches sin acordarse jamás de poner los cubiertos y declarando con franqueza conmovedora: "Disculpame la demora, loco, pero recién empiezo en esto" y el detalle es que se sinceran cada veinte minutos. La música que ruge en cada pie cúbico es de ellos y las hamburguesas y las papafritas y la ropa y las colitas y las olas y cada médano y los videogames y las nenas, por supuesto, tan inasibles, tan extrañas.

Pero todo eso hasta ayer a la madrugada, exactamente hasta las 3.07, cuando Roberto sale del hotel con los ojos como cargadores, dispuesto a asesinar cachorros de a tres a la menor excusa. A las 3.38 la ve en el centro de la pista y va y se la levanta con fiereza, lastimosamente desesperado. Es ella, la increíble, inverosímil, la alucinante potrita de 18 que truena salvaje, misteriosa y a la vez sabía, dulce, astuta, habitante del campo de los sueños. Se la levanta con presteza y se sacude con los Gun's y se la lleva puesta al pinar —amor—, y a la playa —amor— y ahora Roberto amanece en los médanos umbríos que son suyos, con la salvaje potrita de las pampas dormida a su lado, yacente y qué verdadera maravilla —piensa— es Villa Gesell, qué milagro el que sepa conservar su alma profunda, esa incomparable armonía que parece venida de las piedras del Jurásico.

Por Alejandro Manara

Indochina

A las siete, apenas queda algo de la suave brisa del alba que sopla de las calles y alivia el calor nocturno de las habitaciones. Al incorporarse para mirar la hora en el despertador, las sábanas húmedas y arrugadas le rasparon la espalda. Ivette dormía boca abajo, el brazo flojo colgaba entre las rejas del respaldo, su cuerpo respiraba acompasado completamente ajeno a las incomodidades de la cama. El se frotó la barba y cerró otra vez los ojos. Sentía los párpados pesados, la garganta seca. La luz a través de la persiana rayaba la pared. Había dormido poco y mal; unas pobres imágenes le fastidiaron el entresueño. El día anterior había recibido una carta de Europa, que no sabía cómo ni cuándo responder. Se deslizó perezosamente hasta las nalgas tibias de Ivette y las rozó con los labios y las frotó con la barba antes de que su boca se crispara en una mueca. El aire olía a tierra húmeda.

—Ivette —pronunció débilmente.

—¿Quoi?

—Ivette, es hora de levantarse.

—Pas encore.

—Sí. Hay que despertar a la niña.

Sus dedos se aferraron al borde de la cama en busca de un impulso para levantarse. Lo consiguió. Se lavó la cara y fue espesando muy lentamente con la brocha el jabón de afeitar. Cuando terminó, enjuagó la navaja y la secó para que no se oxidara. Del espejo pasó a la ducha; el agua fresca lo alivió un poco mientras se mantuvo erguido. Cuando se le escurrió el jabón descubrió que arrodillarse resultaba más complicado de lo que había pensado. Pero el dolor derivó a un súbito placer cuando pasó el dorso de la mano por su cara recién afeitada.

Mientras tomaba el café, hojeó el diario francés. Sigilosamente, Ivette había vestido y alimentado a la niña que ya estaba esperando en el jardín. Otra vez frente al espejo, al ajustarse el nudo de la corbata, se felicitó una vez más por el cuello holgado de la camisa; las había comprado así especialmente en París, cuando imaginó el calor del trópico.

Con la niña de la mano, cruzó el parque Patchburi y luego caminó por la avenida arbolada hasta el colegio. Siempre fantaseaba con asimilar un poco más la esencia de las cosas, para evitar así caer en esos estancamientos desesperantes. Il faut travailler dans le jardin, pensó. De eso se trataba. Su pie izquierdo pateó un pedazo de ladrillo. Se arrodilló y con un pedazo de kleenex devolvió el lustre al zapato. Le gustaba caminar en la mañana aromática hacia su trabajo. El aire quieto y de una contenida tristeza era lo opuesto al de su oficina, viciado y cada hora más mezquinamente opresivo.

Al llegar al portón del edificio se quedó observando cómo la niña se perdía entre otros colegiales. Cuando un bedel le preguntó si necesitaba algo, sonrió y enfiló por el boulevard hacia su oficina.

La importancia de llegar temprano radicaba en ganarles de mano a Hervé y a Aupic en la captura de libros nuevos que llegaran a la biblioteca del consulado. Eran pocos los libros nuevos y muchos los lectores ansiosos. Como todos los demás, él mantenía su escritorio lleno de papeles. Así camuflaba la lectura y se protegía de los conversadores. En cuanto a sus propios pensamientos, la lectura también lo protegía de ellos. Durante el almuerzo conservaba el libro. A veces levantaba la mirada de la página para espantar las moscas de su comida. Por lo demás, comía sin mirar el plato. Raspaba las cáscaras de los mangos sin apuro, tomaba el café sin azúcar, dejaba poca propina.

Ese día al volver de almorzar, quedó cautivado con los diálogos entre un padre que vivía en Los Angeles y su hija de Nueva York. Durante una visita de él salían a caminar una tarde otoñal de sábado por la Quinta Avenida. El narrador, que era el padre, había tenido mucho éxito como comediógrafo; lo confirmaba la soltura de sus frases en los diálogos. Cuando percibió la insinuación de sus lágrimas ante la escena, cerró el libro y lo guardó en un cajón. Sabía que iba a pasar mucho tiempo antes de que él pudiera protagonizar una escena así.

Dejó correr una semana más con respecto a la carta, acaso deseando que alguna circunstancia inesperada lo alejara de ella en la realidad. Una tarde, los recursos de la esperanza le fallaron y comenzó a escribir.

Mi querida Marie Claude:

Recibí la carta con las fotos tuyas y de los niños. No te contaré mi rutina meticulosa, tan similar a cuando vivíamos juntos. No siento el peso de los años. El calor me mantiene aislado de la esfera de mis preocupaciones. Te diré que ahora leo los periódicos con un fervor alarmante. Todo. ¿Sabías que Indian Chief ganó el Gran Premio de Marsella por segundo año consecutivo y que Petit Robinson noqueó a Ed Charles en el cuarto round y obtuvo el título europeo de peso liviano? Yo tampoco. Es lamentable mi pasada indiferencia hacia la prensa escrita. Me cuesta conciliar el sueño, y cuando duermo me arremeten incansablemente pesadillas infantiles donde abundan el frío y la nieve. En la vigilia, Hervé y Aupic me persiguen para jugar al bridge o al ajedrez, pero logro eludirlos la mayoría de las veces. Pasaré unos días de vacaciones en Phuket, en el sur, junto a la frontera con Malasia. Dicen que el viaje en tren es magnífico. Mis recuerdos para todos.

Sintió el esfuerzo por aquella verborragia. Luego de unos minutos, agregó con enorme dificultad: No creo posible viajar a Europa tampoco este año. Después dobló el papel, lo metió en un sobre y le puso las estampillas. Prefería despacharla personalmente. Y, además, ir hasta el correo era una variación bienvenida en el rutinario camino de regreso a casa.

La tarde siguiente tomó el convoy que va hacia el sur con Ivette y la niña. La comodidad del coche-cama y el inevitable arrullo de los rieles lograron que por primera vez en muchos meses él pudiera dormir profundamente. Cuando llegaron a la estación de Phuket, los esperaba el hombre que les alquilaba el bungalow con un muchacho para llevar el equipaje. Al pasar por el mercado, se detuvieron a comprar mariscos y pescado, fruta y verdura. La casa era de madera, rodeada íntegramente por una veranda. Las mujeres se encargaron de abrir las valijas y ordenar las cosas. El se sentó a fumar en la veranda frente al mar, mientras oía las risas de Ivette y la niña en la cocina. Realmente iba a ser imposible viajar a Europa ese año.

No mueras sin que pueda hablarte

La última vez que viajé en auto con mi madre fue un viernes, desde el consultorio donde le hacían el tratamiento hasta su casa. Recuerdo que al ver unas mesas al aire libre ella quiso tomar un café. El fresco de la tarde

TRES EPISODIOS DISTANTES

Por Alejandro Manara

Alejandro Manara (Buenos Aires, 1954) supo traducir poesía anglosajona, manuales para tractores y maquinaria Mitsubishi, las cartas entre Henry James y Robert Louis Stevenson, algún policial, a la vez que regenteaba —a lo largo de cinco años— un pequeño restaurante "de culto". Se lo vio en Barcelona, Tokio, Londres, Mallorca y se lo leerá en un libro que Planeta publicará durante el '93. Mientras tanto, un adelanto.

Indochina

A las siete, apenas queda algo de la suave brisa del alba que sopla de las calles y alivia el calor nocturno de las habitaciones. Al incorporarse para mirar la hora en el despertador, las sábanas húmedas y arrugadas le rasparon la espalda. Ivette dormía boca abajo, el brazo flojo colgaba entre las rejas del respaldo, su cuerpo respiraba acompasado completamente ajeno a las incomodidades de la cama. El se frotó la barba y cerró otra vez los ojos. Sentía los párpados pesados, la garganta seca. La luz a través de la persiana rayaba la pared. Había dormido poco y mal; unas pobres imágenes le fastidiaron el entresueño. El día anterior había recibido una carta de Europa, que no sabía cómo ni cuándo responder. Se deslizó perezosamente hasta las nalgas tibias de Ivette y las rozó con los labios y las frotó con la barba antes de que su boca se crispara en una mueca. El aire olía a tierra húmeda.

—Ivette —pronunció débilmente.

—¿Quoi?

—Ivette, es hora de levantarse.

—Pas encore.

—Sí. Hay que despertar a la niña.

Sus dedos se aferraron al borde de la cama en busca de un impulso para levantarse. Lo consiguió. Se lavó la cara y fue espesando muy lentamente con la brocha el jabón de afeitar. Cuando terminó, enjuagó la navaja y la secó para que no se oxidara. Del espejo pasó a la ducha; el agua fresca lo alivió un poco mientras se mantuvo erguido. Cuando se le escurrió el jabón descubrió que arrodillarse resultaba más complicado de lo que había pensado. Pero el dolor derivó a un súbito placer cuando pasó el dorso de la mano por su cara recién afeitada.

Mientras tomaba el café, hojeó el diario francés. Sigilosamente, Ivette había vestido y alimentado a la niña que ya estaba esperando en el jardín. Otra vez frente al espejo, al ajustarse el nudo de la corbata, se felicitó una vez más por el cuello holgado de la camisa; las había comprado así especialmente en París, cuando imaginó el calor del trópico.

Con la niña de la mano, cruzó el parque Patchburi y luego caminó por la avenida arbolada hasta el colegio. Siempre fantaseaba con asimilar un poco más la esencia de las cosas, para evitar así caer en esos estancamientos desesperantes. Il faut travailler dans le jardin, pensó. De eso se trataba. Su pie izquierdo pateó un pedazo de ladrillo. Se arrodilló y con un pedazo de kleenex devolvió el lustre al zapato. Le gustaba caminar en la mañana aromática hacia su trabajo. El aire quieto y de una contenida tristeza era lo opuesto al de su oficina, viciado y cada hora más mezquinamente opresivo.

Al llegar al portón del edificio se quedó observando cómo la niña se perdía entre otros colegiales. Cuando un bedel le preguntó si necesitaba algo, sonrió y enfiló por el boulevard hacia su oficina.

La importancia de llegar temprano radicaba en ganarles de mano a Hervé y a Aupic en la captura de libros nuevos que llegaran a la biblioteca del consulado. Eran pocos los libros nuevos y muchos los lectores ansiosos. Como todos los demás, él mantenía su escritorio lleno de papeles. Así camuflaba la lectura y se protegía de los conversadores. En cuanto a sus propios pensamientos, la lectura también lo protegía de ellos. Durante el almuerzo conservaba el libro. A veces levantaba la mirada de la página para espantar las moscas de su comida. Por lo demás, comía sin mirar el plato. Raspaba las cáscaras de los mangos sin apuro, tomaba el café sin azúcar, dejaba poca propina.

Ese día al volver de almorzar, quedó cautivado con los diálogos entre un padre que vivía en Los Angeles y su hija de Nueva York. Durante una visita de él salían a caminar una tarde otoñal de sábado por la Quinta Avenida. El narrador, que era el padre, había tenido mucho éxito como comediógrafo; lo confirmaba la soltura de sus frases en los diálogos. Cuando percibió la insinuación de sus lágrimas ante la escena, cerró el libro y lo guardó en un cajón. Sabía que iba a pasar mucho tiempo antes de que él pudiera protagonizar una escena así.

Dejó correr una semana más con respecto a la carta, acaso deseando que alguna circunstancia inesperada lo alejara de ella en la realidad. Una tarde, los recursos de la esperanza le fallaron y comenzó a escribir.

Mi querida Marie Claude:

Recibí la carta con las fotos tuyas y de los niños. No te contaré mi rutina meticulosa, tan similar a cuando vivíamos juntos. No siento el peso de los años. El calor me mantiene aislado de la esfera de mis preocupaciones. Te diré que ahora leo los periódicos con un fervor alarmante. Todo. ¿Sabías que Indian Chief ganó el Gran Premio de Marsella por segundo año consecutivo y que Petit Robinson noqueó a Ed Charles en el cuarto round y obtuvo el título europeo de peso liviano? Yo tampoco. Es lamentable mi pasada indiferencia hacia la prensa escrita. Me cuesta conciliar el sueño, y cuando duermo me arremeten incansablemente pesadillas infantiles donde abundan el frío y la nieve. En la vigilia, Hervé y Aupic me persiguen para jugar al bridge o al ajedrez, pero logro eludirlos la mayoría de las veces. Pasaré unos días de vacaciones en Phuket, en el sur, junto a la frontera con Malasia. Dicen que el viaje en tren es magnífico. Mis recuerdos para todos.

Sintió el esfuerzo por aquella verborragia. Luego de unos minutos, agregó con enorme dificultad: No creo posible viajar a Europa tampoco este año. Después dobló el papel, lo metió en un sobre y le puso las estampillas. Prefería despacharla personalmente. Y, además, ir hasta el correo era una variación bienvenida en el rutinario camino de regreso a casa.

La tarde siguiente tomó el convoy que va hacia el sur con Ivette y la niña. La comodidad del coche-cama y el inevitable arrullo de los rieles lograron que por primera vez en muchos meses él pudiera dormir profundamente. Cuando llegaron a la estación de Phuket, los esperaba el hombre que les alquilaba el bungalow con un muchacho para llevar el equipaje. Al pasar por el mercado, se detuvieron a comprar mariscos y pescado, fruta y verdura. La casa era de madera, rodeada íntegramente por una veranda. Las mujeres se encargaron de abrir las valijas y ordenar las cosas. El se sentó a fumar en la veranda frente al mar, mientras oía las risas de Ivette y la niña en la cocina. Realmente iba a ser imposible viajar a Europa ese año.

No mueras sin que pueda hablarte

La última vez que viajé en auto con mi madre fue un viernes, desde el consultorio donde le hacían el tratamiento hasta su casa. Recuerdo que al ver unas mesas al aire libre ella quiso tomar un café. El fresco de la tarde era intenso y ella se echó dos vueltas de bufanda al cuello para recibir el frío sólo en la cara. Por unos instantes me pareció que le brillaban los ojos. Después, mientras miraba los colores del invierno, comentó que extrañaba mucho el sol.

En el auto quise hablarle de cómo había sido ser su hijo, de qué clase de madre había sido ella conmigo: lo que me había dado, lo que me había hecho ver siendo ella como era. Hace unos años, pasé diez meses viviendo en su casa. Las noches en que el desasosiego me desvelaba, cuando nos encontrábamos en la oscuridad del pasillo, caminando para que volviese el sueño, ella se ofrecía a calentarme una taza de leche. Buenas oportunidades para sentarnos a hablar, que yo creí tan inagotables como el insomnio y nunca aproveché. Había querido hacerlo otras veces, y también ahora, sin saber nunca cómo empezar y sintiéndome siempre cobarde y miserable. Me justificaba diciéndome que aún tenía tiempo por delante. A veces hasta me lo creía.

Aquel fin de semana la vi a la hora del almuerzo y a la noche. Le costaba muchísimo sentarse a la mesa, pero no quería dejar de hacerlo, aunque hacia la mitad de la comida se levantaba con dificultad (no le gustaba que la ayudaran) y buscaba un poco de alivio en la cama. El lunes, como le resultaba muy duro movilizarse, tuve que llamar una ambulancia para llevarla a hacer el tratamiento. El martes también. El miércoles comprendí que era inútil; la tortura era muy grande y la obra social me reclamaba que la ambulancia era demasiado cara. Opté por suspender el tratamiento. A la tarde vino el médico y le hizo conectar una infiltración de suero por vía endovenosa.

Era el último recurso. Las inyecciones cada dos horas habían dejado de hacerle efecto. A través del goteo del suero, los calmantes empezaron a adormecerla en una nube de sopor. El jueves durmió mucho. Alimentada únicamente con una sopa de verduras licuadas que pude darle cucharada a cucharada, muy lentamente, sus fuerzas empezaron a diluirse.

El viernes no recuperó la conciencia en todo el día. Estaba entrando en su agonía. Yo me sentaba a su lado, le tomaba la mano, se la besaba y acariciaba. Le arreglaba las sábanas y las almohadas. Ella entreabría los ojos y sonreía apenas. No pude soportar mucho así. No entendía dónde quería estar. Apenas me instalaba en otra habitación, la ansiedad me dejaba en blanco, hojeaba algún papel y volvía junto a su cama.

Organicé con mis tías una posta, para que durante el día siempre hubiese alguien a su lado. Corría detrás de la morfina y los otros calmantes que se agregaban al suero cada dos o tres horas. Corría detrás del médico. Pocas farmacias tienen stock de opiáceos, porque son baratos y casi no dejan ganancia. Por teléfono dicen no tenerlos, por miedo a los asaltos. Además el trámite es complicado, se necesitan recetas oficiales certificadas por Salud Pública y no todos los médicos las tienen.

Esa noche la enfermera se quedó hasta las seis de la mañana. Entre las seis y las nueve mi madre estuvo sola. Como el efecto de los calmantes había cedido, ella despertó y quiso ir al baño. Al levantarse volcó el envase del suero y manoteó hasta arrancarse la aguja de la vena. Como estaba muy débil, después de pocos pasos cayó y la mucama la encontró gimiendo en el suelo. Enseguida me llamó. Cuando llegué, le di una inyección de tres ampollas de morfina y la hice sentar en el sillón que tenía junto a su cama.

El alivio temporario le permitió enfocar sus ojos en mí. Tenía una mirada de sorpresa, como si no comprendiera por qué se había interrumpido su tortura. Sonrió únicamente con los ojos. Estaba en otro lado. ¿Hacia dónde la llevó su recuerdo? ¿A aquel novio que su hermana menor le había arrebatado y por el que ella sufrió durante años? ¿Al nieto que esperó tanto y que alguna vez creyó que iba a conocer? ¿Qué significaba mi presencia?

En los cinco días siguientes no hubo novedades. Solamente ponía cara de dolor si la movían para lavarla o cambiarle las sábanas. Los parientes entraban y salían. En la sala se reunían en grupos a tomar café y a fumar.

—Tiene la piel dura —dijo el médico.

Murió de madrugada. Una de mis tías y yo nos habíamos adormecido en el cuarto de al lado y la enfermera nos despertó. Mi tía se quedó organizando el cuarto y arreglando a mi madre. Fui a casa para darme una ducha y ordené las cosas necesarias para iniciar los trámites. El velorio duró todo el día; al día siguiente la enterramos.

Casi un año después hice un viaje a Madrid por razones de trabajo y me alojé en lo de una vieja amiga. Una noche, comiendo pescado por la Puerta del Sol, el vino nos puso a hablar de la vida. No recuerdo por qué razón le conté las circunstancias de la muerte de mi madre y mi angustia por no haber podido hablarle. Ella me contó que su hija había muerto de SIDA dos años antes. En el momento de la muerte —mi amiga estaba a su lado esperando una palabra—, la hija escribió en un papel el nombre del novio.

Quizás el adiós sea otra cosa; algún gesto perdido en las banalidades cotidianas que mucho tiempo después aparece y su recuerdo nos conmueve.

Antes que amanezca en Tapalqué

No hace mucho hizo un calor insoportable, que mantuvo la temperatura arriba de los cuarenta grados durante más de una semana. Eduardo Díaz, Graciana, su mujer, y Adela fueron una noche al pueblo. El venía prolongando las vacaciones día a día; volver a Buenos Aires le resultaba cada vez más difícil, aunque ellas no hacían ningún esfuerzo para demorarlo. Después de comer, Adela había propuesto dar una vuelta; el resto de los invitados que pasaban unos días en la estancia, ya dormían. Eduardo accedió, más que nada para evitar discusiones. La presencia de Adela facilitaba las circunstancias. Eduardo se acomodó en el asiento de atrás, para que ellas estuviesen juntas, y Graciana se sentó al volante.

En el pueblo casi no corría aire y la gente estaba sentada en la vereda charlando, tomando tereré y abanicándose. Entraron en un bar y pidieron ginebra para darse ánimo, pues la luz mortecina daba ganas de irse. Eduardo se acercó un rato a la mesa de billar pero el juego no despertó su interés. Decidieron arrimarse al club. El ritmo tropical los tentó a instalarse en una mesa cerca del escenario donde tocaba el conjunto. Ventiladores gigantes removían un poco el aire cargado de transpiración por el baile, pero nadie se sentía molesto por el calor salvo ellos tres. Cuando vino el mozo pidieron cerveza.

Eduardo bailó dos piezas con cada una y luego, mientras en el escenario elegían a Miss Carnaval, se distrajo mirando a la concurrencia. Después de varias cervezas se levantó y fue hacia el fondo en busca del baño. Desde una mesa que había a su izquierda alguien lo llamó.

Flaco, perdoname la pregunta, pero ¿alguna de esas dos es novia tuya o algo por el estilo?

—No, ¿por qué? —dijo Eduardo.

—Es que podríamos hacer un cambio. Estuve viendo que le echaste el ojo a la pendejita esa del vestido celeste. ¿Qué te parece? ¿Hay trato?

En un primer momento, Eduardo no entendió o consideró absurda la propuesta. Pero, en realidad, podía convertirse en un juego como cualquier otro. No lo pensó, fue simplemente un flash. El muchacho tenía buena facha: morocho, de ojos claros y brazos fuertes.

—¿Cómo te llamás?

—Damián. ¿Y vos?

—Eduardo. ¿Qué hacés? ¿A qué te dedicás?

—Vinimos a vender una segadora. Somos de Rafaela.

—Buscate otro y vengan a sentarse con nosotros. Cualquier cosa, nos conocimos en Buenos Aires el año pasado. En la Rural.

Eduardo volvió a su mesa y dijo a las chicas que se había encontrado con amigos. Cuando llegó el momento de las presentaciones Graciana no se soprendió, pues su marido frecuentaba todo tipo de gente. Habían bebido bastante y Damián empezó a contar con mucha gracia las peripecias de un paisano en su primer viaje a Buenos Aires. El clima estaba distendido. Los muchachos sacaron a bailar a Graciana y Adela y mientras bailaban, Damián le hizo una seña a Eduardo con la cabeza.

El se levantó con el vaso y una botella de cerveza y salió a la noche. La luna estaba oculta por unas nubes y sólo iluminaban la penumbra los reflejos que llegaban del salón. Había tres paraísos y unos canteros muy prolijos detrás de una hilera de bancos pintados a la cal. En uno de ellos estaba la chica del vestido celeste, cuchicheando con una amiga. El se acercó.

—Hola, me llamo Eduardo —dijo—. ¿Cómo están?

La amiga se puso de pie:

—... bueno, después te sigo contando —dijo, y se fue.

—Hola, Eduardo —dijo ella. Tendría dieciséis o diecisiete años y fumaba sin tragar el humo. Llevaba el pelo sujeto con dos hebillas aunque varios mechones se le habían soltado; bailando quizás. Eduardo se sirvió cerveza, por hacer algo.

—Sos de la Capital, ¿no? Yo fui dos veces —dijo ella—. ¿No te gusta bailar?

—Sí, pero ahora quería tomar un poco de aire. El calor es impresionante. Será que no estoy acostumbrado.

—La noche está linda; mirá las estrellas.

—Tenés razón —dijo él—. Si querés, bailamos acá.

Apoyó el vaso y la botella en el suelo y le extendió una mano. Ella se apoyó en su hombro y él sintió una multitud de sabores emanando del cuerpo de ella. El bolero era una mecedora. Ella se acurrucaba y se acurrucaba.

En el salón habían pasado a la ginebra. El amigo de Damián contaba chistes. Graciana sentía alivio por su propia alegría; miraba reír a Adela y tragar la ginebra como si fuese agua y le parecía que todo estaba bien. Cuando los muchachos propusieron salir a pasear en volanta, ni pensaron en avisarle a Eduardo.

Con el trote del caballo corrió un poco de aire, pero ellas ya se habían olvidado del calor. Anduvieron por el boulevard arbolado hasta el final del pueblo y después tomaron el camino de tierra que lleva al río. El arrullo de las ruedas en la noche fue diluyendo toda la angustia de Graciana. Cuando vio la barranca, pegó un grito:

—¡Qué bueno, bajemos un rato! ¿Nos podemos bañar?

—¡Qué buena idea! —dijo Adela saltando de la volanta. Los muchachos estaban sorprendidos por la euforia y se sorprendieron aun más cuando ellas empezaron a desvestirse y se acercaron a la orilla. La luna iluminaba el agua que apenas se movía.

—¿Qué esperan? No sean cagones.

—Sí, ya vamos. Métanse tranquilas, no hay peligro.

Graciana empezó a tantear el fondo y, como se sintió segura, se zambulló. Adela la siguió varios metros río adentro. Damián se pasó una mano por el pelo, miró a su amigo y se abrió el cinto de un tirón.

Nadaron y jugaron un rato hasta que Damián abrazó a Graciana por la espalda, le apartó el pelo y el agua de la cara y la besó. Ella suspiró y lo besó con fuerza y se dejó caer hacia atrás hasta sumergirse. Luego se alejó nadando hasta la orilla.

—A ver si me agarrás —dijo desde allá.

Damián le dio ventaja y después la siguió por debajo de los árboles detrás de la barranca. Graciana lo esperaba jadeando, en un claro.

Cuando volvieron a la volanta, Adela y el otro muchacho estaban esperando, ya secos. La luna estaba otra vez oculta tras las nubes y nadie habló durante el camino de vuelta. Graciana y Adela se bajaron en el club social.

Aún quedaba bastante gente y Graciana buscó a su marido al entrar. Cuando lo vio, tardó unos instantes en reconocerlo. Estaba apoyado en la barra, estudiando el interior de una alpargata. Tenía la cara magullada y el labio inferior hinchado. El pañuelo, que tan gallardamente había llevado al cuello, estaba hecho un bollo sucio y ensangrentado sobre el mostrador.

Graciana se acercó muy despacio, como si de aquel trayecto dependiera alguna decisión fundamental. Pero al llegar hasta él sonrió, le hizo calzar la alpargata, lo tomó del brazo y lo llevó hasta el auto. Adela dormía en el asiento de atrás y en cualquier momento amanecería en Tapalqué.

TRES EPISODIOS DISTANTES

Alejandro Manara (Buenos Aires, 1954) supo traducir poesía anglosajona, manuales para tractores y maquinaria Mitsubishi, las cartas entre Henry James y Robert Louis Stevenson, algún policial, a la vez que regenteaba —a lo largo de cinco años— un pequeño restaurante "de culto". Se lo vio en Barcelona, Tokio, Londres, Mallorca y se lo leerá en un libro que Planeta publicará durante el '93. Mientras tanto, un adelanto.

era intenso y ella se echó dos vueltas de bufanda al cuello para recibir el frío sólo en la cara. Por unos instantes me pareció que le brillaban los ojos. Después, mientras miraba los colores del invierno, comentó que extrañaba mucho el sol.

En el auto quise hablarle de cómo había sido ser su hijo, de qué clase de madre había sido ella conmigo: lo que me había dado, lo que me había hecho ver siendo ella como era. Hace unos años, pasé diez meses viviendo en su casa. Las noches en que el desasosiego me desvelaba, cuando nos encontrábamos en la oscuridad del pasillo, caminando para que volviese el sueño, ella se ofrecía a calentarme una taza de leche. Buenas oportunidades para sentarnos a hablar, que yo creí tan inagotables como el insomnio y nunca aproveché. Había querido hacerlo otras veces, y también ahora, sin saber nunca cómo empezar y sintiéndome siempre cobarde y miserable. Me justificaba diciéndome que aún tenía tiempo por delante. A veces hasta me lo creía.

Aquel fin de semana la vi a la hora del almuerzo y a la noche. Le costaba muchísimo sentarse a la mesa, pero no quería dejar de hacerlo, aunque hacia la mitad de la comida se levantaba con dificultad (no le gustaba que la ayudaran) y buscaba un poco de alivio en la cama. El lunes, como le resultaba muy duro movilizarse, tuve que llamar una ambulancia para llevarla a hacer el tratamiento. El martes también. El miércoles comprendí que era inútil; la tortura era muy grande y la obra social me reclamaba que la ambulancia era demasiado cara. Opté por suspender el tratamiento. A la tarde vino el médico y le hizo conectar una infiltración de suero por vía endovenosa.

Era el último recurso. Las inyecciones cada dos horas habían dejado de hacerle efecto. A través del goteo del suero, los calmantes empezaron a adormecerla en una nube de sopor. El jueves durmió mucho. Alimentada únicamente con una sopa de verduras licuadas que pude darle cucharada a cucharada, muy lentamente, sus fuerzas empezaron a diluirse.

El viernes no recuperó la conciencia en todo el día. Estaba entrando en su agonía. Yo me sentaba a su lado, le tomaba la mano, se la besaba y acariciaba. Le arreglaba las sábanas y las almohadas. Ella entreabría los ojos y sonreía apenas. No pude soportar mucho así. No entendía dónde quería estar. Apenas me instalaba en otra habitación, la ansiedad me dejaba en blanco, hojeaba algún papel y volvía junto a su cama.

Organicé con mis tías una posta, para que durante el día siempre hubiese alguien a su lado. Corría detrás de la morfina y los otros calmantes que se agregaban al suero cada dos o tres horas. Corría detrás del médico. Pocas farmacias tienen stock de opiáceos, porque son baratos y casi no dejan ganancia. Por teléfono dicen no tenerlos, por miedo a los asaltos. Además el trámite es complicado, se necesitan recetas oficiales certificadas por Salud Pública y no todos los médicos las tienen.

Esa noche la enfermera se quedó hasta las seis de la mañana. Entre las seis y las nueve mi madre estuvo sola. Como el efecto de los calmantes había cedido, ella despertó y quiso ir al baño. Al levantarse volcó el envase del suero y manoteó hasta arrancarse la aguja de la vena. Como estaba muy débil, después de pocos pasos cayó y la mucama la encontró gimiendo en el suelo. Enseguida me llamó. Cuando llegué, le di una inyección de tres ampollas de morfina y la hice sentar en el sillón que tenía junto a su cama.

El alivio temporario le permitió enfocar sus ojos en mí. Tenía una mirada de sorpresa, como si no comprendiera por qué se había interrumpido su tortura. Sonrió únicamente con los ojos. Estaba en otro lado. ¿Hacia dónde la llevó su recuerdo? ¿A aquel novio que su hermana menor le había arrebatado y por el que ella sufrió durante años? ¿Al nieto que esperó tanto y que alguna vez creyó que iba a conocer? ¿Qué significaba mi presencia?

En los cinco días siguientes no hubo novedades. Solamente ponía cara de dolor si la movían para lavarla o cambiarle las sábanas. Los parientes entraban y salían. En la sala se reunían en grupos a tomar café y a fumar.

—Tiene la piel dura —dijo el médico.

Murió de madrugada. Una de mis tías y yo nos habíamos adormecido en el cuarto de al lado y la enfermera nos despertó. Mi tía se quedó organizando el cuarto y arreglando a mi madre. Fui a casa para darme una ducha y ordené las cosas necesarias para iniciar los trámites. El velorio duró todo el día; al día siguiente la enterramos.

Casi un año después hice un viaje a Madrid por razones de trabajo y me alojé en lo de una vieja amiga. Una noche, comiendo pescado por la Puerta del Sol, el vino nos puso a hablar de la vida. No recuerdo por qué razón le conté las circunstancias de la muerte de mi madre y mi angustia por no haber podido hablarle. Ella me contó que su hija había muerto de SIDA dos años antes. En el momento de la muerte —mi amiga estaba a su lado esperando una palabra—, la hija escribió en un papel el nombre del novio.

Quizás el adiós sea otra cosa; algún gesto perdido en las banalidades cotidianas que mucho tiempo después aparece y su recuerdo nos conmueve.

Antes que amanezca en Tapalqué

No hace mucho hizo un calor insoportable, que mantuvo la temperatura arriba de los cuarenta grados durante más de una semana. Eduardo Díaz, Graciana, su mujer, y Adela fueron una noche al pueblo. El venía prolongando las vacaciones día a día; volver a Buenos Aires le resultaba cada vez más difícil, aunque ellas no hacían ningún esfuerzo para demorarlo. Después de comer, Adela había propuesto dar una vuelta; el resto de los invitados que pasaban unos días en la estancia, ya dormían. Eduardo accedió, más que nada para evitar discusiones. La presencia de Adela facilitaba las circunstancias. Eduardo se acomodó en el asiento de atrás, para que ellas estuviesen juntas, y Graciana se sentó al volante.

En el pueblo casi no corría aire y la gente estaba sentada en la vereda charlando, tomando tereré y abanicándose. Entraron en un bar y pidieron ginebra para darse ánimo, pues la luz mortecina daba ganas de irse. Eduardo se acercó un rato a la mesa de billar pero el juego no despertó su interés. Decidieron arrimarse al club. El ritmo tropical los tentó a instalarse en una mesa cerca del escenario donde tocaba el conjunto. Ventiladores gigantes removían un poco el aire cargado de transpiración por el baile, pero nadie se sentía molesto por el calor salvo ellos tres. Cuando vino el mozo pidieron cerveza.

Eduardo bailó dos piezas con cada una y luego, mientras en el escenario elegían a Miss Carnaval, se distrajo mirando a la concurrencia. Después de varias cervezas se levantó y fue hacia el fondo en busca del baño. Desde una mesa que había a su izquierda alguien lo llamó.

Flaco, perdoname la pregunta, pero ¿alguna de esas dos es novia tuya o algo por el estilo?

—No, ¿por qué? —dijo Eduardo.

—Es que podríamos hacer un cambio. Estuve viendo que le echaste el ojo a la pendejita esa del vestido celeste. ¿Qué te parece? ¿Hay trato?

En un primer momento, Eduardo no entendió o consideró absurda la propuesta. Pero, en realidad, podía convertirse en un juego como cualquier otro. No lo pensó, fue simplemente un flash. El muchacho tenía buena facha: morocho, de ojos claros y brazos fuertes.

—¿Cómo te llamás?

—Damián. ¿Y vos?

—Eduardo. ¿Qué hacés? ¿A qué te dedicás?

—Vinimos a vender una segadora. Somos de Rafaela.

—Buscate otro y vengan a sentarse con nosotros. Cualquier cosa, nos conocimos en Buenos Aires el año pasado. En la Rural.

Eduardo volvió a su mesa y dijo a las chicas que se había encontrado con amigos. Cuando llegó el momento de las presentaciones Graciana no se sorprendió, pues su marido frecuentaba todo tipo de gente. Habían bebido bastante y Damián empezó a contar con mucha gracia las peripecias de un paisano en su primer viaje a Buenos Aires. El clima estaba distendido. Los muchachos sacaron a bailar a Graciana y Adela y mientras bailaban, Damián le hizo una seña a Eduardo con la cabeza.

El se levantó con el vaso y una botella de cerveza y salió a la noche. La luna estaba oculta por unas nubes y sólo iluminaban la penumbra los reflejos que llegaban del salón. Había tres paraísos y unos canteros muy prolijos detrás de una hilera de bancos pintados a la cal. En uno de ellos estaba la chica del vestido celeste, cuchicheando con una amiga. El se acercó.

—Hola, me llamo Eduardo —dijo—. ¿Cómo están?

La amiga se puso de pie:

—... bueno, después te sigo contando —dijo, y se fue.

—Hola, Eduardo —dijo ella. Tendría dieciséis o diecisiete años y fumaba sin tragar el humo. Llevaba el pelo sujeto con dos hebillas aunque varios mechones se le habían soltado; bailando quizás. Eduardo se sirvió cerveza, por hacer algo.

—Sos de la Capital, ¿no? Yo fui dos veces —dijo ella—. ¿No te gusta bailar?

—Sí, pero ahora quería tomar un poco de aire. El calor es impresionante. Será que no estoy acostumbrado.

—La noche está linda; mirá las estrellas.

—Tenés razón —dijo él—. Si querés, bailamos acá.

Apoyó el vaso y la botella en el suelo y le extendió una mano. Ella se apoyó en su hombro y él sintió una multitud de sabores emanando del cuerpo de ella. El bolero era una mecedora. Ella se acurrucaba y se acurrucaba.

En el salón habían pasado a la ginebra. El amigo de Damián contaba chistes. Graciana sentía alivio por su propia alegría; miraba reír a Adela y tragar la ginebra como si fuese agua y le parecía que todo estaba bien. Cuando los muchachos propusieron salir a pasear en volanta, ni pensaron en avisarle a Eduardo.

Con el trote del caballo corrió un poco de aire, pero ellas ya se habían olvidado del calor. Anduvieron por el boulevard arbolado hasta el final del pueblo y después tomaron el camino de tierra que lleva al río. El arrullo de las ruedas en la noche fue diluyendo toda la angustia de Graciana. Cuando vio la barranca, pegó un grito:

—¡Qué bueno, bajemos un rato! ¿Nos podemos bañar?

—¡Qué buena idea! —dijo Adela saltando de la volanta. Los muchachos estaban sorprendidos por la euforia y se sorprendieron aun más cuando ellas empezaron a desvestirse y se acercaron a la orilla. La luna iluminaba el agua que apenas se movía.

—¿Qué esperan? No sean cagones.

—Sí, ya vamos. Métanse tranquilas, no hay peligro.

Graciana empezó a tantear el fondo y, como se sintió segura, se zambulló. Adela la siguió varios metros río adentro. Damián se pasó una mano por el pelo, miró a su amigo y se abrió el cinto de un tirón.

Nadaron y jugaron un rato hasta que Damián abrazó a Graciana por la espalda, le apartó el pelo y el agua de la cara y la besó. Ella suspiró y lo besó con fuerza y se dejó caer hacia atrás hasta sumergirse. Luego se alejó nadando hasta la orilla.

—A ver si me agarrás —dijo desde allá.

Damián le dio ventaja y después la siguió por debajo de los árboles detrás de la barranca. Graciana lo esperaba jadeando, en un claro.

Cuando volvieron a la volanta, Adela y el otro muchacho estaban esperando, ya secos. La luna estaba otra vez oculta tras las nubes y nadie habló durante el camino de vuelta. Graciana y Adela se bajaron en el club social.

Aún quedaba bastante gente y Graciana buscó a su marido al entrar. Cuando lo vio, tardó unos instantes en reconocerlo. Estaba apoyado en la barra, estudiando el interior de una alpargata. Tenía la cara magullada y el labio inferior hinchado. El pañuelo, que tan gallardamente había llevado al cuello, estaba hecho un bollo sucio y ensangrentado sobre el mostrador.

Graciana se acercó muy despacio, como si de aquel trayecto dependiera alguna decisión fundamental. Pero al llegar hasta él sonrió, le hizo calzar la alpargata, lo tomó del brazo y lo llevó hasta el auto. Adela dormía en el asiento de atrás y en cualquier momento amanecería en Tapalqué.

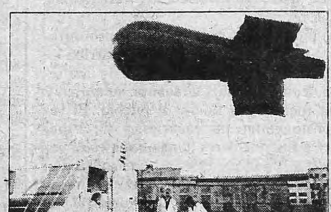
Juegos

Es cultura



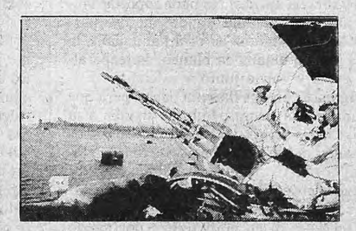
1.-En ese entorno el helicóptero debe trabajar en una prueba llamada:

A. Olimpiada
B. Regata
C. París-Dakar



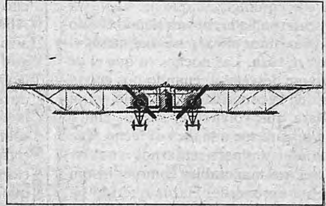
2.-Este aparato es beneficioso y práctico para todos nosotros, ya que se trata de un globo:

A. Cautivo
B. Sonda
C. De carreras



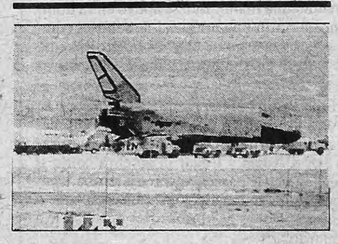
3.-Esta batería iraquí bitubo está con las demás preguntas porque se trata de un arma:

A. Antiaérea
B. Soviética
C. Química



4.-Antes tenían alas tan grandes, tanta envergadura, para volar con poca:

A. Altura
B. Potencia
C. Tripulación



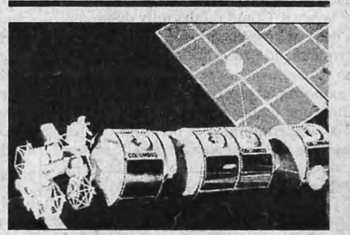
5.-Sí, es un transbordador espacial, ¿pero sabría decir de qué país?

A. Estados Unidos
B. URSS
C. Liberia



6.-Este Airbus lleva unos apéndices en las alas, para mejorar su:

A. Aerodinámica
B. Aspecto
C. Aparcamiento



7.-Así será la estación espacial Columbus, con sus grandes paneles:

A. Solares
B. Detectores
C. Aislantes



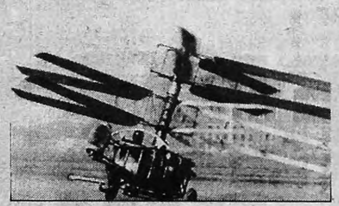
8.-Este avión de la gran familia de la aviación general, es un:

A. Entrenador
B. Hidro
C. Capricho



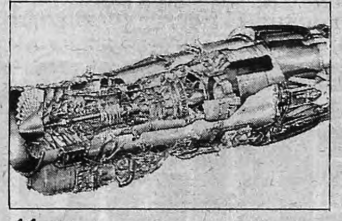
9.-Vuelan así porque están metidos de lleno en su trabajo, es una patrulla:

A. Acrobática
B. Suicida
C. De caza



10.-El marqués de Pescara casi volaba, antes de la guerra, por el cielo de Italia con su:

A. Avioneta
B. Familia
C. Helicóptero



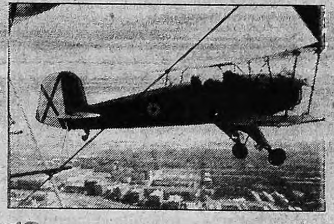
11.-Viendo sus entrañas, se comprende mejor por qué son tan caros los:

A. Aeropuertos
B. Reactores
C. Pasajes



12.-De un solo vistazo se ve que la foto que nos ocupa es la de un avión:

A. Embarcado
B. Espía
C. De carga



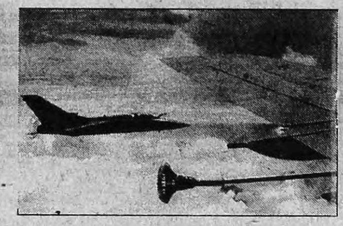
13.-Bücker Jungmann, un magnífico avión de escuela, ahora retirado, como puede ver es un avión:

A. Bimotor
B. Biplano
C. Bígamo



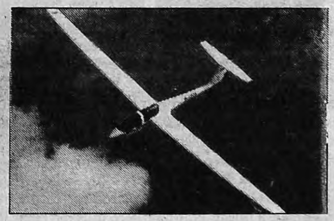
14.-Un caza de la última generación, luciendo en la punta de los planos unos misiles...:

A. Aire-aire
B. Aire-tierra
C. Tierra-luna



15.-El Tornado de la foto se acerca a ese cacharro de primer plano para poder repostar:

A. A crédito
B. Oxígeno
C. En vuelo



16.-Con sus alas tan largas y finas, no es de extrañar que este avión vuele sin:

A. Motor
B. Piloto
C. Visibilidad

Solucion

1. París-Dakar. 2. Sonda. 3. Antiaérea. 4. Potencia. 5. URSS. 6. Aerodinámica. 7. Solares. 8. Hidro. 9. Acrobática. 10. Helicóptero. 11. Reactores. 12. Embarcado. 13. Biplano. 14. Aire-aire. 15. En vuelo. 16. Motor.